

El futuro de la negociación colectiva

HAY conceptos en política económica cuya mera enunciación causan durante algún período de tiempo una enconada polémica, para luego quedar incorporados a la práctica normal o, en caso de fracasar, ser arrinconados en el olvido. Un ejemplo clásico es el del pacto social. Cualquier sindicalista que hace cinco años se hubiera mostrado partidario del mismo se habría enfrentado con una fuerte contestación por parte de sus bases. Paradójicamente, hoy son las organizaciones empresariales, representadas por la CEOE, las que se oponen a todo aquello que no surja de la libre negociación colectiva entre las partes.

Para ser más exactos, no hay que meter en el mismo saco todos los grandes acuerdos socioeconómicos que se han firmado durante la democracia. Los acuerdos de la Moncloa fueron suscritos por Gobierno y partidos políticos exclusivamente, aunque hay que reconocer que tanto las centrales sindicales como la CEOE se estaban prácticamente formando durante esos meses. La negociación colectiva pasó a continuación por los Acuerdos Marco Interconfederales (AMI) para concluir en el Acuerdo Nacional de Empleo (ANE), por el que el Gobierno recobra su iniciativa en el proceso y se convierte en protagonista. Hay que recordar, no obstante, que en 1979, ante la imposibilidad de renovar unos acuerdos globales —tras la aprobación de la Constitución eran inevitables otras elecciones generales—, el Gobierno tuvo que recurrir al decreto para «orientar» sobre unos crecimientos salariales que fueran, compatibles con la continuación de la batalla contra la inflación.

En definitiva, hoy se puede afirmar que existe un consenso generalizado sobre la conveniencia de que los agentes sociales negocien libremente las grandes líneas por las que la negociación colectiva debiera discurrir durante el siguiente ejercicio. Buena prueba de ello es que CEOE y UGT, prescindiendo del Gobierno que surja de las elecciones, ya están negociando con vistas a 1983.

LOS programas económicos de los partidos políticos dedican como es natural extensos espacios a tan delicada cuestión, inevitablemente conectada con la política general de rentas. La posición de Alianza Popular, prácticamente idéntica a la de la CEOE, concede el máximo papel, el de protagonistas, a los agentes sociales, esto es, a sindicatos y patronales, y reduce el papel del Gobierno a un mínimo arbitraje. El PSOE, por el contrario, y coherentemente con el impulso que pretende dar al poder sindical, detalla con minuciosidad cuál debería ser el papel de las partes —que, en un nivel por encima del mero convenio colectivo, incluyen al Gobierno— en todo el proceso. Es innegable que en los apartados del programa socialista en que se aborda la negociación colectiva se aprecian fuertes tendencias dirigidas, ya que, en su enfoque, éste sería un aspecto más de la planificación cuatrienal que el Gobierno presentaría a las Cortes. En ella se detallaría tanto la tasa de inflación esperada como los aumentos salariales compatibles con ella. No es arriesgado suponer que, en caso de fuerte aumento de las tensiones inflacionistas, un Gobierno socialista recurriera al expediente del control puro y simple de precios y salarios, ya implantado en Francia.

Si algo no puede criticarse de la posición comunista es que sea incongruente. Su líder viene preconizando, desde que se legalizó el partido, un gobierno de concentración y su actitud respecto a la negociación colectiva encaja perfectamente en este planteamiento general. Conscientes de su debilidad en el plano parlamentario, aspiran a participar a través de Comisiones Obreras en todas aquellas comisiones de seguimiento y organismos similares que, como mínimo, les permita alcanzar ciertas cotas de poder. Por lo tanto, su ideal de negociación consiste en acuerdos a cuantas más bandas, mejor. Al mantener precisamente la actitud opuesta, la CEOE ha potenciado indudablemente el papel de UGT.

Al otro lado del espectro político, Alianza Popular cree que las relaciones laborales están lo suficientemente consolidadas en España como para prescindir de la tutela del Gobierno de turno. Puede que esté en lo cierto, pero es evidente que los sucesivos gobiernos de la UCD no tenían un gran interés ni mostraban mayor entusiasmo en dirigir la negociación colectiva. Probablemente, sería más correcto afirmar que las circunstancias les obligaron a ello. Esa puede ser la razón por la que el programa económico de UCD, sin menoscabo de la libre negociación entre las partes implicadas, no cierre la puerta a la posibilidad de reeditar acuerdos similares a los suscritos durante su mandato, siempre que las circunstancias lo requieran.

POR encima de lo que teóricamente sea más ortodoxo, es evidente que el Gobierno que salga de las urnas necesitará de todas las ayudas que pueda recabar. Dentro del sombrío panorama de la economía española, hay que reconocer que el clima de crispación laboral de hace unos años es hoy sólo un recuerdo. Como ha señalado Carlos Ferrer, al empresario ya no se le apunta hoy con el dedo como si fuera un indeseable. Si ese clima puede mantenerse sin el concurso del Gobierno en la negociación colectiva, perfecto. En caso contrario, la experiencia de los grandes acuerdos globales —siempre que el Gobierno no haga dejación de sus competencias y, por otra parte, no pretenda suplantar el papel propio de una patronal o un sindicato— no ha sido tan negativa como para excluir esta posibilidad, siquiera sea como hipótesis de trabajo y con el permanente fin de asegurar un reparto equitativo de los costes de la crisis.

EN algún sitio he leído la noticia, muy satisfactoria, por cierto, de que la venta de «música clásica» en estas latitudes está adquiriendo cifras espléndidas. Ciertas operaciones comerciales aquí inéditas hasta ahora, al parecer, provocan hábilmente la difusión de discos y de casets con partituras insignes, o intérpretes gloriosos, y se trata, insisto, de una difusión masiva. Hay que congratularse de ello, desde luego. No importa que, de momento, el repertorio sea el previsible: trillado, o fácil, o repetitivo. Por algo se empieza. Lo que cuesta es el acceso inicialmente multitudinario a un sector de la «cultura» reservado, por tradición, a minorías bastante restringidas. Quizá la cosa todavía no es como para echar las campanas al vuelo. Ni lo puede ser. En esto de los números, cuando afectan a la «sociedad» en que vivimos, corremos a menudo el riesgo de quedarnos deslumbrados cuando se nos habla de centenares de miles e incluso de millones, y olvidamos el resto, los otros miles y millones que continúan marginados del beneficio. Pero más vale poco que nada. La llamada «música clásica» —y valga la fórmula habitual— nunca había sido de consumo común, y ya empieza a serlo.

Lo cual, dicho sea de paso, habrá que atribuirlo a las ténues ventajas que la «tecnología» pone a disposición del vecindario. Y a las «industrias» que la manipulan, naturalmente. No cabe duda de que todo eso es una cuestión de «multinacionales». Habitados como estamos a que la sola palabra «multinacional» —en el vocabulario económico— nos ponga piel de gallina, reconocer que el fenómeno tiene este origen tal vez inquiete a más de uno de mis lectores. De acuerdo. Sólo que, en definitiva, maniobras de este alcance únicamente pueden ser viables desde una estrategia «industrial» notablemente compleja y vasta. Por supuesto, nadie piensa que la divulgación de Mozart o de Beethoven responde a un ánimo desinteresado de familiarizar a la gente con los «grandes maestros». En absoluto. El propósito es hacer «negocio». En este mundo nadie —o casi nadie— se chupa el dedo, y menos que nadie las «multinacionales». Hay un duro a ganar en este terreno, y a él acuden. Y, de momento, no hay alternativa. No existe esa bonita alternativa de la «cultura» por la «cultura». A estos niveles, me refiero.

Y uno, que es viejo y escéptico, acaba por concluir con un refrán castellano, seguramente inventado por otro viejo y escéptico: «Hágase el milagro y hágalo el diablo». En la difícil hipótesis de que puedan producirse «mila-

Música multinacional

Violinistas sobre el tejado

gros», me parece irreprochable que el individuo que lo disfruta se encoja de hombros ante la identidad de quien proviene. Basta fijarse en lo que suele ocurrir en los casos de salud muy deteriorada: el «nfermo acude al médico, y si falla, al curandero, y si tampoco encuentra remedio, intenta Lourdes o Fátima. Y eso porque ya no andan por medio las brujas —aludo a las auténticas, a las de «antes»—: no les faltaría clientela. Pues eso. Las horribles multinacionales, mal que nos pese, proporcionan de vez en cuando algunas jovialidades a la ciudadanía. Que la ciudadanía paga, claro está. La observación que yo querría intercalar en este embrollo es que, por motivos obvios, no se pueden editar Mozarts ni Beethoveses a precios discretos si no es a través de esas enormes confabulaciones del capital: o del capitalismo, si el sufijo les resulta a ustedes más clarificador. No hay que darle vueltas al asunto. Un supuesto diferente implicaría optar por otro «modelo de sociedad». Pero eso ya lo han descartado todos.

La verdad es que, un día u otro, las multinacionales de la grabación musical —que no son de hoy, ni siquiera en cuanto a «música clásica»— tenían que descubrir un mercado distinto al que generalmente trabajan: los ruiditos y los ritmos bailoteables o canturreables, que los adolescentes prefieren. Los adolescentes de ayer necesitan hoy otra cosa: su condición de «adultos» permite venderles «cultura». ¿Y por qué no Mozart o Beethoven? Pongo estos dos nombres como símbolos: con el tiempo ya llegarán a Monteverdi o a Alban Berg. Esto es secundario. Aun sin meterse en el ámbito de las ediciones vastas, la historia entera de la música, desatendida anteaer, ya es rentable a base de compositores ignorados, muchos ignominiosamente ignorados, otros justamente olvidados y el truco funciona. El oyente ya estaba harto de Chai-covski y de Liszt, e incluso de Beethovenes y de Mozarts. Se sacaron de la manga a Vivaldi y a los otros «barrocos» italianos: innumerables. Cosas tan aburridas como Bruckner o Mahler han sido bien ac-

gidas. Bach... Todo se lo tragan. Y no me parece mal. Al contrario. Mi descripción del hecho no tiene nada que ver con ninguna valoración estética. Yo hablaba de «mercados».

¿Recuerdan ustedes aquello de «leer a Platón en el tranvía»? Entre nosotros fue una «consigna» noucentista, y dio mucho que reír. Todavía hay quien se ríe. Puede que, dentro de unos años, los «cuadros» que aún utilicen los transportes públicos, un metro, un autobús con trayectos largos, un tren de cercanías, lean a Hegel o a Spinoza. Hoy mismo ya puede ocurrir en Nueva York —o New York—, y si no ocurre es porque las multinacionales no se lo han propuesto. Personalmente, no tengo nada que objetar a que los empleados de banco lean a Hegel en edición de bolsillo. Ni que escuchen a Bruckner en sus domicilios. Mejor Platón que Hegel, mejor Monteverdi que Mahler. Pero las «necesidades» serán creadas cuando convenga, y Babbitt —todos somos un poco Babbitt— leerá u oír lo que le dicten. La cultura «obligatoria» dependerá del juego producción-consumo de las multinacionales. Huelga advertir que las multinacionales se guardarán de propagar Hegel, y lanzarán a Mahler con moderación. He puesto unos ejemplos extremos, pero no inverosímiles.

SEA como sea, sería una bobada admitir que «eso» fuese «cultura popular». Yo no sé lo que puede ser una «cultura popular», ni en New York, ni en París, ni en Barcelona, ni en mi pueblo. En cualquier caso, ciertos consumos de letras, de músicos, de pinturas, al alcance de todos los bolsillos, absorbidos por algo que designamos como «pueblo», ya están acaparados por las multinacionales. Hay multinacionales especializadas en ricos, y fabrican coches, muebles, estereofonías, arte, para ellos. Y hay multinacionales —la mayoría— que buscan sus parroquianos entre los demás. Entre los demás, excepto entre los pobres. Un pobre no puede comprar, y a las multinacionales no les interesa que abunden los pobres. Y al tendero de la esquina tampoco. El viejo problema del capitalismo —y no sólo el actual, de los parados— ha sido siempre el mismo: que ha de pagar buenos jornales para vender sus manufacturas. Algún empresario loco puede preferir «vender poco y caro» puede ser más rentable, de momento. Pero si se multiplican los que no pueden comprar ni siquiera barato, la ruina será total... No recuerdo si Marx habló de este detalle...

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

El campamento de Catón el Viejo

Señor Director:
En la portada de «La Vanguardia» del 9-10-82, se informa sobre los resultados de las últimas excavaciones en Ampurias, y se menciona el descubrimiento de los restos de una enorme muralla, que E.J.S. atribuye «sin duda» al campamento de Catón el Viejo. Es una lástima que no se indique el motivo que elimina las dudas para atribuir esta muralla al campamento de Catón, pues, según la descripción de la campaña de Catón en España, este campamento estaba a unos 3.000 pasos (2 Km.) de Ampurias.

Además se dice que Catón estuvo hostigando a los iberos constantemente, hasta que logró que se concentrasen para destruir sus fuerzas en una sola batalla.

No se ve, pues, la necesidad de una enorme muralla.

Que yo sepa, aún falta por encontrar en Ampurias la muralla de la ciudad Indiqueta, de la que Ampurias sería, probablemente, sólo una concesión a los mercaderes griegos, separada del resto de la ciudad por una muralla divisoria. ¿Quizá se haya encontrado ahora?

Federico FOERSTER

Emigrantes en Cataluña

Señor Director:
Es fatigoso y manido el reproche, más o menos velado, de los ciudadanos venidos —y bien venidos— a Cataluña, pero queda claro que nosotros no fuimos a buscarlos, ni siquiera en los años 1925 a 1930. Llegaba uno y tras de sí —y no lo crítico, sino todo lo contrario— su familia, que ya era numerosa; luego venía la parentela. Para ellos mi consideración y estima y mi simpatía para su historia, su cultura y, en muchos casos, por su trato señorial y su honrada sencillez.

Pero doña Cecilia Benítez dice algo grave e inexacto en una reciente carta, que quizá compartan alguno de sus paisanos y que deseo aclarar: que se les quiere imponer un idioma. Si algún reproche, injusto, se ha he-

Sólo publicaremos —integras o condensadas, según el espacio de que dispongamos— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellidos. Recordamos a nuestros comunicantes que han de constar sus señas completas y que no mantenemos correspondencia, ni atendemos visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas de esta sección. Cuando los lectores lo deseen, y si el tema se presta, pueden enviar sus cartas ilustradas con fotografías.

cho a la política lingüística de la Generalitat, es justamente su tibieza. La cuestión está siendo tratada con guante blanco y sin mano de hierro.

Nosotros, los catalanes, hablamos un idioma tan antiguo y tan respetable como el castellano, y nos hubiese gustado que lo hablaran ustedes, pero por razones que alargarían esta carta, se encerraron en círculos restringidos e impermeables, dando facilidades a que unos desaprensivos los calificaran con un vocablo peyorativo que tengo borrado de mi léxico.

Y hablar catalán no les habría hecho perder ni un gramo de su identidad. Yo podría, y no soy el único, ni mucho menos, vivir años en el extranjero, hablar el idioma local y no perder ninguna de mis características raciales. Ustedes se han limitado a incorporar a su admirable y cervantina lengua unos cuantos barbarismos, como por ejemplo «plegar», «calé», «racholas» y «paleta» y tan felices, así como cuando han ido a Alemania —país realmente duro— han llamado «joroba» al «herr ober» (camarero en alemán) y fonéticamente casi iguales.

Nosotros hablamos catalán, no para molestar, sino como un hecho tan natural como es para ustedes hablar andaluz y encima, prácticamente, somos todos bilingües. No les damos «la culpa» de que en otros tiempos se persiguiera la utilización del catalán», como dice en el último párrafo de su carta, ni tenemos revanchismo alguno.

Ramón RIBE CIURANA

El tétanos sigue matando

Sr. Director:
He leído recientemente en el periódico que usted dirige la noticia que se hace eco de la campaña «Salud pública municipal al servicio de la ciudad», por la que se informa que en 1981 se produjeron 6 muertes por teta-

nos y, en 1982, hasta la fecha, tres. No me extraña. Soy asiduo veraneante en Altafulla y he observado con profunda estupefacción que en los últimos tiempos se ha puesto de moda pasear por la playa montado a caballo. No me cabe la menor duda de que la sensación debe ser muy placentera, pero quien efectúa esta actividad (y quien la permite), debería recordar que el tétanos se transmite por un bacilo, el clostridium tetani, y que este bacilo se encuentra en las heces del caballo. Debería recordar también que la infestación se produce por herida traumática, por la que entra el bacilo en el organismo, y debería recordar, finalmente, que en la playa todo el mundo va descalzo. Se dan, pues, en estas condiciones, las características ideales para la transmisión del tétanos:

— Presencia del bacilo en los excrementos del caballo, que el animal deja arbitrariamente a su paso.

— Pies y gran parte del cuerpo en exposición directa con la arena.

— Posibilidad de heridas traumáticas por los juegos playeros habituales y objetos punzantes, por desgracia son también habituales. Recuerdo que en las playas suelen haber niños.

Quisiera, para finalizar, decir que soy un gran amante de los animales y del caballo en particular, pero entiendo que el caballo es lo suficientemente grande para que los paseos a caballo se deban realizar precisamente en la playa.

Por favor, no esperemos a que se produzcan daños irreparables. Haga un llamamiento desde estas páginas a quien competa, para que dé las órdenes oportunas a fin de evitar que las playas se incluyan en las rutas habituales de paseo a caballo. Estoy seguro de que mi llamamiento no caerá en el vacío.

José Antonio ALARCON PAVIA

El Mercado de Abastos de Ripollet

Señor Director:
En Ripollet se han despreciado 25 millones de pesetas que la Generalitat prometía ceder para la adecuación y perfeccionamiento del sistema frigorífico necesario en su mercado y se ha preferido construir uno nuevo y endeudar, inicialmente, a la población con 360 millones de pesetas (costo aproximado) que añadiríamos sobre un montante de crédito mayor. De nada ha servido que las encuestas efectuadas en la población hayan dado cifras muy importantes contrarias al proyecto; poco importa que gabinetes especializados de organismos y entidades socioeconómicas lo hayan desaconsejado; menos caso se ha hecho de los pliegos de firmas que se han entregado en el Ayuntamiento oponiéndose al proyecto... Con aplicar el método más antidemocrático, que es el del silencio administrativo, se está al cabo de la calle. ¡Y a empezar las obras! ¿Qué fines se esconden con esta construcción? ¿A quién beneficia?

Se nos dice que en el actual Mercado se implantará un Ateneo Cultural o un centro similar. ¿Qué feliz pueblo el de Ripollet si su afán de cultura exigiese una entidad de este tipo! Yo recomiendo unas visitas al flamante Casal de Cultura, a la Biblioteca Pública y a otros centros análogos para que, a la vista de los asistentes, puedan convencerse los lectores del despropósito que pretenden hacer nuestros ediles.

¿Desconoce acaso el Ayuntamiento que acondicionar el actual Mercado para una finalidad de tipo cultural va a costarle una cifra enorme, aunque por suerte, el edificio, arquitectónicamente, esté bien conservado pese a los 50 años cumplidos ahora?

¿O es también «secreto de Estado» del que no hay que enterar a la población?

¿Curioso modo de celebrar el cincuentenario!

Juan Pedro TORRES LOPEZ
(president del Mercat Municipal de Ripollet)